

EPISTOLARIDAD DEL ENSAYO, ENSAYISMO DE LA EPÍSTOLA

Mariana Ozuna Castañeda

“El lector que lee novelas policiales es un lector que lee con incredulidad, con suspicacias, una suspicacia especial”, aseveró Borges en 1978, en su conferencia “El cuento policial”, donde propuso que Edgar Allan Poe no sólo creó el relato policial, sino que para lograrlo creó al lector de ficciones policiales.¹ La posibilidad de que un género produzca un tipo de lector es la idea clave que mueve mi reflexión sobre los vínculos entre dos géneros, la carta y el ensayo.² En este primer momento mi reflexión propone que el fenómeno de la lectura masiva de epistolarios y de colecciones de cartas a partir del siglo XVI produjo un lector sensible y ávido de narraciones subjetivas del presente; considero que tal público lector fue indispensable para la aparición y éxito del ensayo como género.

¹ “El cuento policial”, en *Borges oral. Obras Completas IV*, Barcelona, Emecé Editores, 1996, p. 190.

² José Luis Gómez-Martínez advierte la contigüidad entre la epístola y el ensayo, aunque en el presente trabajo se disentió con muchas de sus reflexiones respecto de esta contigüidad. *Cf. Teoría del ensayo*, México, UNAM, 1992, pp. 24-25. Liliana Weinberg no deja de señalar este punto citando a María Teresa Mathet: “el ensayo comienza a diferenciarse respecto de otras formas en prosa escrita como las memorias, el diario, la autobiografía, en la medida en que comienza a variar la relación objetividad-subjetividad”, *cf. Situación del ensayo*, México, UNAM-CCYDEL, 2006, p. 84.

EL PRESENTE DEL PENSAR Y DEL ESCRIBIR

La epístola como género comunicativo adquiere un papel protagonista en Europa durante el siglo xv, fundamentalmente entre los humanistas, quienes sostuvieron redes de comunicación e influencia gracias a la intensa escritura de cartas; esto fue posible porque ya para entonces se había desarrollado una retórica específica para este género.³ Podemos hallar esta retórica tanto en los epistolarios o colecciones de cartas (verdaderos *best sellers* del Renacimiento y los siglos venideros) o en la forma de manuales con modelos para el aprendiz, es decir en la tradición epistolográfica ampliamente estudiada.⁴

La carta se definió desde la Antigüedad como una conversación o diálogo entre ausentes.⁵ En este sentido en la carta se hacen presentes dos ausencias: retóricamente se perfila tanto quien escribe y su presente, como el destinatario; hay pues al menos dos tiempos desplegados en y por la carta, el tiempo desde el que se comunica y el que aparece durante su lectura. A partir del siglo xvi la imprenta hizo del presente un valor social: estar “actualizado” será percibido como un valor social en el mundo moderno, de ahí la importancia que adquirieron las gacetas de novedades y el desarrollo de los periódicos que respondían y alimentaban a un tiempo el valor de estar al día.

La epístola alcanzó para los hombres del Renacimiento un sentido distinto a partir de que fueran publicadas las car-

³ La presente investigación se enmarca en una mayor acerca de los géneros menores y su injerencia en la constitución del sistema literario mexicano durante los albores del siglo xix. En un libro de próxima aparición indago profundamente sobre las contribuciones de la epístola y el diálogo en la folletería mexicana previa a la Independencia política.

⁴ Jamile Trueba Lawand, *El arte epistolar en el renacimiento español*, Madrid, Támesis, 1996.

⁵ J. Trueba Lawand, “Aproximación a la retórica epistolar de fines del siglo xv: el *Ars Conficiendi Epistolas* de Jacobo Publicio”, en *ibid.*, p. 16.

tas de Cicerón por parte de Petrarca, quien las halló en Verona en 1345. El hallazgo transformó la vida de Petrarca al cambiar su visión acerca de Cicerón; el poeta construyó otra forma de percibir el mundo literario y de conocimientos que representaba el gran orador. En el libro XXIV de las *Cartas familiares* de Petrarca, se encuentra una “Carta a Cicerón”, fechada en Verona el 16 de junio de 1345, que no sólo da cuenta del hallazgo, sino de la mencionada transformación:

Francesco envía sus saludos a Cicerón. He estado cazando tus cartas desde hace mucho tiempo y persistentemente. Las descubrí donde menos esperaba hacerlo, y ávidamente las leí. Podía escuchar tu voz, Marco Tulio, confesando mucho, quejándose mucho, hablando con diferentes estados de ánimo. Ya estaba muy consciente del tipo de maestro que fuiste para otros, ahora finalmente he aprendido qué tipo de guía fuiste para ti mismo.

Ahora, dondequiera que estés, es tu turno de escuchar no un buen consejo sino los lamentos inspirados en el verdadero amor de un adorador, quien habla desde tiempos muy lejanos a los tuyos. Te escribe entre lágrimas [...]. ¿Por qué decidiste involucrarte en tantas y vanas controversias e improductivas disputas? ¿Por qué dejaste el retiro apropiado a tu edad, profesión y fortuna? ¿Qué falso ofuscamiento de gloria te guió, a ti anciano, para implicarte en las batallas de los jóvenes [...]? Como un viajero en una noche oscura, traes una linterna, que ha servido de luz a otros por el camino en el que tú mismo tropezaste y caíste [...].

Estoy lleno de vergüenza y angustia por tus errores [...].

Escrito entre los vivos, en la orilla derecha de Adige, en Verona, ciudad de la Italia Transpadana, el 16 de junio en el año del Señor, a quien no conociste, de 1345.⁶

⁶ “Franciscus sends his greetings to Cicero. I have been hunting for your letters long and persistently. I discovered them where I least expected to, and avidly I read them. I could hear your voice, Marcus Tullius, confessing much, complaining of much, speaking in various moods. I was already well aware what a master you were for others; now at last I learned what kind of a guide you were for yourself”, Petrarca, “A Letter to Cicero”, en *Letters from*

En su “Segunda carta a Cicerón”, fechada en Aviñón el 19 de diciembre del mismo año, se lee lo siguiente:

De Francesco a Cicerón, saludos. Espero que mi carta anterior no te haya ofendido. Sin embargo, tú mismo admitiste la verdad de las palabras de Terencio en su *Andria*: “La indulgencia hace amigos, la verdad engendra odio”. Si estás ofendido, permite que esta carta te calme, y pruebe que la verdad no es siempre odiosa. Si nos irritamos a causa de verdaderas críticas, también nos satisfacen los verdaderos elogios [...].

Desearás aprender la condición de Roma, la ciudad y el estado. Querrás saber cómo se ve el terruño, qué tipo de concordia prevalece entre los ciudadanos, quiénes han obtenido el control, y con qué sabiduría dirigen el imperio, si nuestras fronteras son ahora el Danubio, el Ganges, el Ebro, el Nilo [...]. Sospecho que estás ansioso de las respuestas a preguntas como éstas [...].

Pero no, es mucho mejor que yo no diga una palabra. Créeme, Cicerón, si tú debieras enterarte acerca del estado del mundo actual, tus lágrimas lloverían a cántaros, dondequiera que estés hospedado, sea en el cielo o en Erebos. Y así, Cicerón, adiós para siempre.

Desde la tierra de los vivos, en la margen izquierda del Rhône, en la Galia Transalpina, en el mismo año, el 19 de diciembre.⁷

Resulta admirable esta “correspondencia”. Petrarca puede escribir una carta familiar a Cicerón dado que ha entrado en conocimiento de datos privilegiados en ese momento sobre la persona privada del orador, Petrarca es testigo de una absoluta primicia: conoció al hombre que ninguno de sus con-

Petrarch, Morris Bishop, trad., Bloomington, Indiana University Press, 1966, pp. 206-207. La traducción es mía.

⁷ “From Franciscus to Cicero, greetings. I hope my previous letter did not offend you. However, you yourself admit the truth of Terence’s words in his *Andria*: ‘Indulgence makes friends, the truth makes hatred’. If you are offended, let this letter mollify you, and prove that the truth is not always hateful. If we are irritated by true criticisms, we are pleased by true praise”, *ibid.*, pp. 208-210. La traducción es mía.

temporáneos conocía, y, en lo fundamental, adquirió conciencia de la distancia y diferencia: él, Francesco Petrarca, del siglo XIV y Cicerón, el hombre de la Antigüedad a quien creyó superior. El artificio o grado de ficcionalidad requerido no sólo para la escritura y concepción de las cartas mismas sino para su lectura aún ahora, revela las condiciones generales que supone el género epistolar durante el Renacimiento y que lo acompañarían distinguiéndolo desde entonces del *ars dictaminis* medieval y de la carta no literaria. Me refiero principalmente a 1) la co-presencia en el espacio y tiempo epocales de remitente y destinatario, y 2) al diálogo intermitente susceptible de permanecer abierto.

No, Cicerón no podrá ser corresponsal en este ejercicio epistolar, y sin embargo la existencia de la carta suspende las condiciones originales del género —la contemporaneidad de los corresponsales y la coespacialidad, entre otras—, y al suspenderlas las lleva más allá de sus funciones originales. Petrarca *pudo* escribir dos cartas a Cicerón donde le reclama y se disculpa, respectivamente, porque en sentido estricto *no le escribe a Cicerón*, sino al Cicerón de la tradición, esto es, al Cicerón escrito. Petrarca lleva a cabo un ejercicio crítico: “Ya estaba muy consciente del tipo de maestro que fuiste para otros, ahora finalmente he aprendido qué tipo de guía fuiste para ti mismo.” Resulta relevante esa puntual separación entre “el maestro que fue Cicerón para otros”, “el maestro que fue para sí mismo” y el hecho de saber ambas cosas en el “ahora” de Petrarca, ese ahora que deliberadamente le niega (y le está negado de suyo) al latino: “Pero no, es mucho mejor que yo no diga una palabra”; Petrarca calla sus circunstancias históricas, excluye al maestro de los oradores: “Y así, Cicerón, adiós para siempre”. De manera que el poeta se vuelca en su presente participando activamente en él. Narrar el presente es consecuencia del advenimiento de la Modernidad, que Matei Calinescu caracteriza por “una alianza ideológicamente revolucionaria con el tiempo”

llevada a cabo por los hombres del siglo xv, quienes tomaron conciencia de su época.⁸ Ya no interesa tanto narrar el presente respecto de un pasado insuperable o dado en términos teológicos, sino respecto de sí mismo, como si el presente se desprendiera de la Antigüedad alcanzando un sentido histórico distinto. Si las gacetas se encargaban del presente colectivo, la carta era el género que narraba el presente subjetivo; carta y ensayo se vinculan en este principio estructural fundamental.

Será justamente el ahora de la vida de Petrarca el que sufrirá las consecuencias de su meditación crítica. Tanto es así que en 1351 escribiría su afamada “Epístola a la posteridad”, que inicia:

Quizá hayas oído algo acerca de mí, aunque es poco probable que mi pobre insignificante nombre haya llegado lejos en el espacio y el tiempo. Aún así, tal vez quisieras la oportunidad de saber qué tipo de hombre fui o cuál fue el destino de mis obras, especialmente de aquellas cuya reputación hubiera persistido, o cuyo nombre hayas vagamente escuchado. Habrá varias opiniones al respecto, ya que la mayoría de las palabras de la gente no son provocadas por la verdad, sino por el capricho.⁹

Después de haber escrito “al pasado”, Petrarca se arroja nada menos que hacia el futuro, desde una completa y com-

⁸ Matei Calinescu, *Cinco caras de la modernidad. Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, posmodernismo*, trad. de Francisco Rodríguez Martín, presentación por José Jiménez, Madrid, Tecnos-Alianza editorial, 2003, p. 36, y concluye: “El hombre debía por tanto participar conscientemente en la creación del futuro: se consideraba de gran valor a quien estaba a la altura de su tiempo (y no en su contra), y a quien se convertía en un agente de cambio en un mundo incesantemente dinámico”, *idem*.

⁹ “You may perhaps have heard something about me —although it is doubtful that my poor little name may travel far in space and time. Still, you may by chance want to know what sort of man I was or what was the fate of my works, especially of those whose reputation may have persisted, or whose name you have vaguely heard. There will be various opinions on this score, for most of people’s words are prompted not by truth but by whim”, Petrarca, *op. cit.*, p. 5. La traducción es mía.

pleja conciencia de las implicaciones del presente, su presente. Él, Petrarca, habrá desaparecido cuando cualquiera lea su carta; no sólo eso, aún cuando sus trabajos perduren, como lo hicieron, este texto posee y logra efectos que sólo una carta puede dar, efectos que se perciben en el caso de ambas misivas a Cicerón, pero que en esta última son trocados: Petrarca se dirige a un “tú desconocido”; le escribe, sin embargo, porque de alguna manera lo conoce, lo ha prefigurado en la carta, es ya un diálogo abierto lanzado al futuro, y le escribe desde su presente con conciencia plena de la importancia de dejar dicho y esclarecido quién ha sido él y cuál fue su vida y obra, aunque esto sólo sea una ilusión retórica.

Conforme nos distanciamos del siglo XIV el efecto obtenido es semejante al que previamente sintiera Petrarca cuando leyó las cartas de Cicerón: “Podía escuchar tu voz, Marco Tulio”. El lector de “Epístola al Porvenir” escucha la voz del gran poeta renacentista, con una diferencia: el lector de la carta de Petrarca es *ya siempre* el destinatario preciso para lo que él desea decirle, ha sido elegido antes de haber nacido, sin conocerlo y, sin embargo, el texto es la plataforma artificial merced a la cual se palpan el tiempo y la voluntad de estar en él. “Quizá hayas oído algo acerca de mí”, Petrarca informa a su anónimo interlocutor de (y *desde*) su presente, su época, su vida, habla de los asuntos que desde su personal visión son relevantes; así una breve porción del siglo XIV nos es entregada en “perspectiva”, y es justo el perspectivismo lo que la torna más valiosa. Nuestro presente de la lectura de la carta se articula con el momento de la escritura de la misma, dos presentes son necesarios para dotar de corresponsabilidad a la carta y a su mensaje. Y de esta suerte: *a)* el lector ha quedado prefigurado; *b)* el presente de Petrarca queda tanto suspenso en el tiempo como accesible cada vez que un lector en un otro presente lo reactiva y hace conciencia de su presente propio; *c)* el presente de

Petrarca se entrega filtrado por su perspectivismo, su conciencia de su tiempo, su subjetividad.

De manera que la epístola como género sufrió un vuelco completo con la publicación de las cartas de Cicerón, y desde que Petrarca se encargara de escribir y hacer público su propio libro de *Cartas familiares*. Precisamente con el nombre de “carta familiar”, se denomina a este tipo de escritura epistolar. Otro gran humanista vendría a consolidar el género y su sitio dentro del sistema editorial y literario del Renacimiento; se trata de Erasmo de Rotterdam.

En 1509, un amigo envió a Erasmo un volumen manuscrito de sus propias cartas, que había sido puesto en venta en Roma. Erasmo lo quemó, y a partir de 1515 se dedicó a cuidar la edición de sus cartas; en 1516 apareció una selección. Johan Huizinga afirma: “Ningún artículo era tan demandado en las librerías como las cartas de Erasmo”.¹⁰ He aquí la dimensión material del texto que actualmente ha cobrado relevancia en la historia cultural. Erasmo se dedicó a “editar” sus cartas para que fueran propiamente publicadas. Y más aún, Erasmo colaboró en la larga tradición teórica sobre epistolografía en su tratado *De conscribendis epistolis* (Arte de escribir cartas, 1522),¹¹ poco después Luis Vives publicaría otro bajo el mismo título en 1534; una aportación más de gran influencia al arte epistolar durante el mismo siglo XVI fue *Epistolica institutio* (Método epistolario), de Justo Lipsio, publicada en 1570.¹² Con todo, no sólo los crecientes

¹⁰ Johan Huizinga, “Erasmo de Rotterdam”, en Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura. Coloquios*, trad. de Julio Puyol y Alonso de Virués, introd. de Johan Huizinga, México, Porrúa, 1984, p. LXXXIII.

¹¹ Este tratado se empleó como libro de texto en los colegios de los jesuitas, y a partir de 1561 en la Universidad de Valencia, a pesar de que otras obras suyas estaban prohibidas por la Inquisición. Cf. Jamile Trueba Lawand, *El arte epistolar en el renacimiento español*, p. 62.

¹² Estos son algunos de los tratados más importantes del siglo; sin embargo, antes de ellos se encuentran el libro tercero de *Rudimenta grammatices*, titulado “De componendis epistolis” (1473) de Nicolás Perotto (la episto-

tratados u obras dedicadas a la escritura de cartas señalan la ascendente importancia de este género, sino que además

la epístola tenía también un papel importante en el currículum escolar [...], el arte epistolar formaba parte de los *studia humanitatis*, concretamente los estudios de gramática y retórica [...]. Mediante la lectura directa de cartas de autores clásicos como Cicerón, y la aplicación de la preceptiva epistólica en el estudio y análisis de dichas cartas, los estudiantes adquirirían los conocimientos necesarios para después, en la práctica componer sus propias cartas en latín.¹³

Escribir cartas en latín ejercitaba la escritura en “prosa”; esto es relevante para los desarrollos posteriores de la prosa misma.¹⁴ Y en este punto es preciso observar que durante los siglos XVI y XVII las sociedades occidentales se iniciaron en el aprendizaje de la cultura escrita, para lo cual florecieron diversos géneros didácticos entre los cuales se cuentan los secretarios o manuales de epistolografía, así que escribir cartas, leer manuales de cartas y leer colecciones de cartas se convierten en parte fundamental de la difusión, aprendizaje y sustento de la cultura escrita.¹⁵

Ahora bien, la retórica consideraba dos dimensiones primordiales en cualquier discurso, *res* y *verba*, es decir, el asunto del discurso y la forma verbal del discurso. La retorización

lografía era una de las tres partes de la obra entera); así como el capítulo XXXIX titulado “De genere epistolico” del libro XL de la obra *Expetendorum et fugiendorum* de Giorgio Valla Placentino, muerto en 1500. En *Flores rhetorici* (ca. 1485), el español Fernando Manzanares dedica 88 páginas de las 149 totales de su obra a este asunto; el incremento de tratados sobre epístolas o su aparición dentro de obras de gramática denota la importancia que el género fue adquiriendo durante el Renacimiento. Véase *ibid.*, pp. 43-57.

¹³ Jamile Trueba Lawand, *op. cit.*, p. 57.

¹⁴ Me refiero obviamente a la novela.

¹⁵ Véase Roger Chartier, “Los secretarios: modelos y prácticas epistolares”, en *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, trad. de Mauro Armiño, Madrid, Alianza, 1994, pp. 284-314.

de la literatura alcanzó por supuesto a los tratados de epistolografía y a la escritura de cartas.¹⁶ La modificación en estas dimensiones (asunto y estilo) por parte de los humanistas significó un giro en el género entero; las cartas familiares podían abordar diversos temas y, aunque durante la Edad Media la utilidad burocrática del género estableció el estilo alto, la preceptiva renacentista junto con el descubrimiento de las cartas ciceronianas y la labor de edición de autores como Petrarca y Erasmo modificó profundamente esto. Las cartas tratarían de cualquier asunto, y la temática a tratar crecería: “existe una infinidad de asuntos epistolares, a los que corresponde una infinidad de estilos posibles”.¹⁷ Paralelamente el estilo sufrió una alteración importante para el desarrollo posterior de la prosa: dejó de ser alto para preferirse el humilde, llano o sencillo, esto se logró mediante un cambio en la rígida retórica epistolar medieval (*ars dictaminis*) en favor de “una retórica que funcione como pedagogía de una cultura, de una libertad del habla, donde se dan consejos, no reglas fijas, para formar el *ingenium* del joven”.¹⁸ Hay todavía otro asunto, importante para establecer los vasos comunicantes entre la carta y el ensayo: Erasmo escribía en el latín que hablaba, es decir, sus cartas son revolucionarias porque dejan de lado la afectación que imitaba el latín ciceroniano para hundirse en la “actualidad” circundante, y poco después las cartas en lenguas vernáculas inundarán Europa.

Así, la epístola se robustece y transforma en lo que va del siglo XIV al XVI en todos los sentidos: deja de parecerse al *ars dictaminis* medieval no sólo porque la temática “familiar”, personal o privada cobra mayor relevancia, sino porque el estilo llano se construye en un latín renacentista, en alianza con el presente, y de esta manera establece su distancia definitiva

¹⁶ Véase nota 11.

¹⁷ Roger Chartier, *op. cit.*, p. 63.

¹⁸ *Idem.*

con el pasado de la Antigüedad, que se iba haciendo cada vez más antigua. Al ocuparse de un mayor número de temas, hacerlo en prosa y ser parte de los ejercicios de composición de los estudiantes, la carta asegura su presencia y difusión; su flexibilidad le permitirá formar parte de composiciones mayores, o bien mantendrá por sí misma un valor literario. En el marco de la naciente cultura del impreso esto significó pronto también valor como mercancía cultural.

La imprenta encontró en la escritura epistolar garantía de comercialización, y, a su vez, en la imprenta y la reproductibilidad la epístola familiar, hallaría el medio de penetración en la sociedad de la época. En los manuales de cartas se halla la evidencia del papel de mediadores que adquirirían estos trozos de papel: cartas para solicitar empleo, para comunicar una boda, para participar de un nacimiento, cartas de consolación, cartas para pedir un préstamo, etc. Escribir cartas materializa las relaciones, al mismo tiempo que des-aleja a los individuos, y pone a la escritura como garante de la relación misma.¹⁹

Las cartas resultaron primordiales durante la temprana modernidad del Renacimiento porque satisfacían una necesidad de comunidades diversas: la de comunicación interpersonal. Si bien son escritura autobiográfica, como lo son el diario y las memorias que también narran el presente vivido, éstos últimos géneros no promovieron redes interpersonales de comunicación ni lograron el éxito de ventas de los epistolarios o colecciones de cartas.²⁰ La carta con su presencia

¹⁹ Véase Jamile Trueba Lawand, *op.cit.*; Antonio López Eire, *Esencia y objeto de la retórica*, México, UNAM, 1996; Carol Poster y Linda C. Mitchell, eds., *Letter-Writing Manuals and Instruction from Antiquity to the Present. Historical and Bibliographic Studies*, South Carolina, The University of South Carolina Press, 2007.

²⁰ Claudio Guillén señala que el legendario editor “Aldo Manunzio había estampado un volumen de cartas de Santa Catalina, y en 1510, las vernáculos de Francesco Filelfo”, Claudio Guillén, *Múltiples moradas: ensayo de literatura comparada*, Barcelona, Tusquets, 1988, p. 220. El 29 de diciembre de

masiva editorial hizo circular una forma de narrar el presente subjetivo, creó un público lector fuera de los claustros universitarios y la corte.

El tiempo subjetivo de quien escribe se ensancha por gracia de la amistad escrituraria, es un tiempo compartido al

1537, apareció el volumen inicial de las cartas de Pietro Aretino, publicadas por Francesco Marcolini en Venecia; en ese entonces Aretino contaba con 44 años de edad. De enero de 1538 a febrero de 1539 este primer volumen se reimprimirá diez veces. Después publicará cuatro volúmenes más hasta 1555, y, de manera póstuma, aparecerá uno más ese mismo año. En palabras de Guillén: “Fue Aretino el primer escritor en la historia de la literatura europea que publicó sus propias cartas privadas, más de tres mil, escritas en lengua vernácula, mientras vivía, es más, muchas veces mientras las estaba escribiendo, sin pararse a preparar y ordenar, como Petrarca, una colección futura. Sus corresponsales se encontraban ante la inminencia constante de ver sus nombres y asuntos en letras de molde. Entre la tentación de la fama y el peligro de la difamación, observaban cómo la publicación ininterrumpida de esta correspondencia conseguía para su autor cuotas extraordinarias de poder. Aretino utiliza la publicación incansante de sus cartas, en vida suya y de sus destinatarios, para adular, pedir, manipular, presumir, utilizar, seducir, amenazar y hacer, en suma, exactamente lo que quiere [...]. *El Aretino consigue lo que no pocos escritores han buscado y buscan aún hoy sin alcanzarlo, ser un francotirador ideológica y literariamente extramuros de las convenciones, y un hombre poderoso y famoso en el seno de la sociedad de su tiempo*”, Claudio Guillén, *op. cit.*, pp. 218-219, las cursivas son mías. Detengámonos un momento en las apreciaciones de Guillén. El Aretino publica su correspondencia privada de manera paralela a la actividad epistolar; ya no aguarda, como Erasmo o Petrarca lo hicieron, a editarlas, y aún mejor, ¿qué hay en ellas que son pasto para un mercado de ávidos lectores? Hay actualidad en su forma más radical. El Aretino no sólo vende su privacidad y la de sus corresponsales, sino que vende la inmediatez la oportunidad de que el lector “esté al pendiente” de acontecimientos, de noticias del mundo que le rodea, de personas que aunque no conoce existen como parte del mundo que despliega el artificio epistolar, porque la carta está inscrita “en el seno de la sociedad de su tiempo”.

Las cartas venecianas del Aretino significaron un éxito para él y un estupendo negocio para la imprenta. Su ejemplo ganará seguidores paulatinamente: Claudio Tolomei, Pietro Bembo, Bernardo Tasso, Annibal Caro, y otros humanistas: Coluccio Salutati, Leonardo Bruni, Poggio Bracciolini, Pier Candido Decembrino, Filelfo, Piccolomini, Ficino, Pico della Mirandola, Poliziano; entre los españoles: Diego de Valera, Fernando de la Torre, Fernando del Pulgar, Juan Álvarez Gato, Alfonso Ortiz y por supuesto fray Antonio de Guevara. *Cf.* Jamile Trueba Lawand, *op. cit.*, p. 46.

cual se puede ingresar y en el cual se puede “estar” en el acto de la lectura. Así, la escritura de cartas cifró la vivencia del tiempo presente, figurado por la máscara retórica, y la lectura lo despliega ante el lector, que mediante la lectura aprende a leer otro presente desde la mirada subjetiva de quien escribe.

QUIÉN HABLA, QUIÉN ESCRIBE: LA ENUNCIACIÓN

La carta al igual que el ensayo pertenece a los géneros no ficticios, su estatuto de documento o de testimonio proviene justamente del pacto que verifica la identidad entre el sujeto histórico que escribe y el *ethos* —máscara retórica— que se muestra en la escritura. La máscara retórica debe llamar nuestra atención; durante los siglos xv y xvi esta máscara fue alejándose de los modelos latinos y, paulatinamente, configurar una máscara implicaba el desarrollo de un estilo, suerte de *copyright* lingüístico al cual los lectores eran altamente sensibles. Los manuales podían enseñar cómo escribir una carta, cómo construir una máscara adecuada al objetivo de la carta, pero no cómo desarrollar una identidad estilística. El ensayo, como ya ha afirmado Liliana Weinberg, es el resultado del pensar —“el que piensa escribe”—; agregaremos aquí que esa escritura no es un accidente del pensamiento, ni un vehículo inerte, sino la ruta misma de la idea, que mientras crea sostiene también el vínculo entre sujeto histórico y *ethos* escriturario, y por lo tanto es esencial en la mediación entre el mundo del lector y el mundo del ensayo. Lo autobiográfico de la carta fue sustancial para los lectores, leer la correspondencia entre Erasmo y Rabelais implicaba asomarse directamente —casi a manera de “mirón”— a la vida y relación de estos sujetos, conocerlos por medio de la escritura. De esta manera se volvió costumbre

“conocer” a sujetos contemporáneos inaccesibles, atravesar no sólo tiempo y espacio, sino sector social.

Para los lectores lo esencial en las cartas era precisamente obtener la visión, la perspectiva personal de los autores. Este rasgo resultó primordial para el ensayo que es “una forma enunciativa particular, con fuertes marcas tensivas: un predicar sobre el mundo desde el punto de vista del autor que resulta al mismo tiempo el punto de partida de la reflexión”.²¹ El punto de vista tan importante para Liliana Weinberg lo era también para los consumidores de epistolarios, tanto que al percatarse de que circulaba un ejemplar “pirata” de su correspondencia, Erasmo decidió editarse y así ofrecer al público una versión “oficial” y “revisada” de sí mismo.

Dos fenómenos simultáneos ocurren durante los siglos xv y xvi. Por un lado están los epistolarios como el de Erasmo, cuyo propósito inicial era la comunicación interpersonal privada, que por virtud de la indiscreción se transforma en una puerta de acceso a un número desconocido de lectores hacia la “intimidad” del autor. De manera que leer las palabras de otros, su mirada, sus devaneos, sus ideas, opiniones y vivencias sobre la contemporaneidad es parte del perfil del lector de cartas, lo privado se vuelve público, y lo público, el acontecer, se somete a lo privado en la escritura. El segundo hecho es que los editores diseñaron colecciones de cartas, como productos *ex profeso* para satisfacer a sus lectores.

En *Pensar el ensayo*, Liliana Weinberg se refiere a las que el propio Montaigne consideró “esas figuras grotescas [los ensayos] confeccionadas a partir de fragmentos [...] compuestas de elementos ‘incompatibles’”.²² La definición clásica de carta como conversación entre ausentes ilumina otra proximidad estructural entre ambos géneros; la carta debía

²¹ Liliana Weinberg, *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI Editores, 2007, p. 19.

²² *Ibid.*, p. 57.

imitar una conversación, su flexibilidad temática, la ligereza con que se pasa de un asunto a otro; la carta imita este aspecto espontáneo y fragmentario de la charla en un estilo llano y accesible que aborda varios temas de manera breve. Ahora bien, como ya se ha demostrado se trataba de charlar sobre el presente en tiempo presente, la escritura debía imitar la temporalidad, mostrar al sujeto y su perspectiva del presente por medio de su estilo y deleitar al lector como suele suceder cuando se conversa. En *Situación del ensayo*, Liliana Weinberg apunta que “uno de los rasgos más notorios y notables del ensayo, es su remisión al presente de la enunciación”, y que en ese rasgo “se encontraba una clave fundamental”. Tanto esa *presencia del presente* —como la denomina Weinberg— como los elementos incompatibles del ensayo formaban parte de las normas sociales de una buena conversación y habían sido fundamentales en la composición de cartas desde el siglo xv. Podemos afirmar que para esa misma centuria los géneros literarios y retóricos ya habían consolidado “la mirada ajena” como un rasgo estético, y a la actualidad como un valor, estos hechos perfilaron lectores y lecturas, y colaboraron para que el ensayo perseverara durante las centurias venideras. En síntesis, las cartas y sus lectores contribuyeron a hacer “decible”, “escribible” y “legible” al ensayo.

ENSAYISMO DE LA EPÍSTOLA:
LA INDAGACIÓN DEL MUNDO

“El ensayo es un juicio, pero lo que decide su valor no es sólo el juicio, sino el proceso mismo de juzgar” afirma Lukács,²³ el ensayo juzga, lleva a cabo una crítica de lo que

²³ Georg Lukács, “Sobre la esencia y la forma del ensayo (Carta a Leo Popper)”, en *El alma y las formas y La teoría de la novela*, Barcelona, Grijalbo, 1975, pp. 15-39.

se ha dicho sobre ese mundo, de las creencias vigentes, y se abre paso a partir de la experiencia personal. Justamente se distancia del paradigma de objetividad científica: “el ensayo permite salvar la distancia arbitraria entre sujeto y objeto y hacer que se dé como una experiencia espiritual de fusión del sujeto con el mundo”.²⁴ La carta como representación escrita de una conversación suele, cuando de epistolarios se trata, mostrar indagaciones, debates, discusiones entre remitente y destinatario. Sin embargo, su objetivo no es argumentativo, sino de vinculación, de comunicación interpersonal, la carta des-aleja a los interlocutores. En este sentido, carta y ensayo se distancian.

Ahora bien, las cartas ficticias que poblarán el espacio público durante los siglos XVII, XVIII y XIX (hecho que continúa) en las páginas de los periódicos o en forma de folletos coinciden con los fines argumentativos del ensayo, en su calidad de mediador entre otros y en tanto crítica del mundo. Este tipo de cartas evidencia la necesidad de los individuos por insertarse en lo público; los autores se dirigen a quien desee leerlos para opinar libremente: la carta en su origen es comunicación privada, y para el siglo xv su publicación y lectura masiva la transforman, como hemos mostrado ya. Y es que no sólo se trata de la lectura sino que la escritura de cartas atravesaba la vida cotidiana de las sociedades, de manera que escribir misivas era una de las habilidades retóricas mejor distribuida. La carta pública vincula a los ciudadanos o súbditos con el espacio y la cosa públicos en general; en las cartas se puede tratar cualquier tema de manera sencilla y personal; la prensa dieciochesca y decimonónica está llena de estos ejercicios de participación ciudadana.

Novelas, relatos diversos, colecciones de comedias, poesía, devocionarios, compendios de historia antigua y moderna, y muchos otros textos circulaban y gozaban de devotos

²⁴ Liliana Weinberg, *Situación del ensayo*, p. 159.

públicos lectores, y como sabemos convertirse en autor fue opción para muchos lectores. Este paso de lector a escritor, incrementó la producción y diversidad de producciones literarias durante el siglo XVIII y XIX. Según Darnton el incremento de letrados desempleados —sin cabida en la burocracia, ni en el exclusivo mundillo literario— los obligó a autoemplearse como panfletistas.²⁵ El éxito de la alfabetización no sólo se dejó sentir al generar más y diferentes lectores, sino paulatinamente también más y diferentes escritores. Sin embargo, no todos los que leen poseen las herramientas retóricas para escribir en todos los géneros: los géneros eruditos quedan pues reservados como siempre a unos cuantos, mientras que la ficción y el periodismo engrosaron sus filas; de ahí las polémicas dieciochescas acerca de la calidad literaria y de la calidad moral de los publicistas.

Escribir cartas en este contexto de cultura ha de concebirse como actividad común, esto es, presente en todos los sectores sociales urbanos y semiurbanos, pues formaba parte de las reglas de urbanidad que dividían a los sujetos entre civilizados y no. Si la mayoría podía escribir cartas, su competencia y gusto por esta forma era más que plena, ya fuera como lectores de epistolarios, de cartas insertas en periódicos o de “vidas imaginarias” en las novelas epistolares. La carta floreció como el relato policiaco porque sus lectores reconocían una práctica personal, una propia experiencia con la escritura.

Cartas persas (1721), *Cartas eruditas* (1742-1760), y *Cartas marruecas* (1789), *El evangelio en triunfo* (1797, caso extremo) forman parte de las ficciones epistolares que se aproximan al ensayo a la Montaigne, es decir, son prosa que reflexiona sobre ideas y creencias, que se abre paso en tiempo presente indagando en el mundo desde el mundo,

²⁵ Véase Robert Darnton, *Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, Madrid-México, Turner-FCE, 2003.

cuyo objetivo es la crítica como fusión entre individuo y objeto reflexionado. Lo epistolar en tales textos evidencia la necesidad de “comunicación interpersonal” para quienes piensan y escriben; ésta es quizá la marca más poderosa de epistolaridad en el ensayo, mientras que la indagación y el desarrollo por escrito del pensamiento como incisiva marca sobre el presente sea el ensayismo evidente tanto en epistolarios privados como ficticios. El ensayo problematiza el mundo, la carta problematiza la intimidad.

Pienso que, una vez que el ensayo se asentó y diferenció ante los lectores, entonces influyó en los géneros contiguos. Mientras para el siglo XVIII el ensayo se aboca a “indagar el mundo” desnudando ante los ojos de los lectores la ruta indagatoria y estableciendo sus propias reglas de cuestionamiento, la carta cada vez más “indaga y perfila el mundo interior” de personas y personajes de ficción.

Quizá si Edgar Allan Poe creó junto con el relato policial una suerte de imaginación intelectual encarnada en M. Dupin, la lectura y escritura masiva de cartas modelaron un público lector que desarrolló un gusto por adentrarse en la subjetividad ajena, por mirar el mundo contemporáneo a través de las gafas de otro, logrando establecer esa retórica como parte del discurso social moderno, y éste fue un factor a favor del experimento de Montaigne.

Sobre Poe y su obra dice Borges:

podemos pensar que sus argumentos son tan tenues que parecen transparentes. Lo son para nosotros, que ya lo conocemos, pero no para los primeros lectores de ficciones policiales; no estaban educados como nosotros, no eran una invención de Poe como lo somos nosotros. Nosotros, al leer una novela policial, somos una invención de Edgar Allan Poe. Los que leyeron ese cuento [*Los asesinatos de la calle Morgue*] se quedaron maravillados y luego vinieron los otros.²⁶

²⁶ Jorge Luis Borges, *op. cit.*, p. 194.

El lector de ensayos es reflexivo, gusta de rutas por las cuales calar en su presente. Disfrutamos de asomarnos a las reflexiones tortuosas o deliciosas de otras mentes, reflexionar con ellas, dialogar con ellas, discrepar de ellas. Somos pues una invención de Montaigne.

LOS PRIMEROS ENSAYOS DEL ENSAYO, LA CARTA

En “El ensayo en una nuez” aparecido en 2006, Liliana Weinberg nos ofreció una caleidoscópica síntesis sobre el ensayo como género; lo consideraba “una forma en prosa no ficcional, que se configura a partir de una perspectiva personal sobre el mundo, y que se dedica a abordar con libertad interpretativa, crítica y creativamente a la vez, los más diversos temas a la luz de una preocupación de base sobre significados y valores”.²⁷ Una vez mostrada la forma en que la epistolaridad está presente en el ensayo desde sus orígenes, y de la importancia de la creación de un público para la trascendencia del ensayo como forma, me interesa ahora indagar cómo la carta en su práctica social fue una de las materias donde el ensayo ensayó la configuración del individuo, y algunos de sus efectos.

Ese yo que piensa y escribe aspira a escindirse del resto de los individuos y de su comunidad en esas mismas acciones. En sus ensayos Michel de Montaigne se pone de pie a sí mismo, en una suerte de repliegue evidenciado en la escritura: “lector, soy yo mismo la materia de mi libro”, afirma sin pudor.²⁸ Esta robusta subjetividad que se mira y se desea compartir, se dirige al que lee en una breve carta: “no es razonable que emplees tu tiempo en un asunto tan frívolo y tan vano. Adiós, pues. Desde Montaigne, a 12 de

²⁷ Liliana Weinberg, *op.cit.*, pp. 189-190.

²⁸ Michel de Montaigne, *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*, Barcelona, Acantilado, 2007, pp. 5-6.

junio de 1580".²⁹ Ese yo reside en la escritura, en lo retórico, en el *ethos*; por lo tanto conjuga una serie de valores que germinaron y florecieron antes en las cartas del humanismo y gracias a otros géneros (crónicas, memoriales, relaciones, cuentos folclóricos, noticias), desde el siglo xv y que proliferaron durante los dos siglos subsecuentes.

La amistad, hemos señalado ya, es el marco social necesario que explica la gran cantidad de cartas familiares y de colecciones de cartas que serán impresas para la lectura común desde el siglo xvi. Y es que la labor principal de una misiva es des-alejar, aproximar a los corresponsales en el presente encapsulado de la carta. En este sentido, no debe extrañarnos que Michel de Montaigne inicie sus ensayos precedidos de una carta, ni que en uno de sus textos piense la amistad en términos ensayísticos, es decir, que aborde como problema desde la subjetividad el sentido de la amistad. Para hablar de ella, se refiere a su entrañable amigo Étienne de la Boétie (1530-1563), con cuya muerte Montaigne pierde no sólo al amigo, sino a su espejo, a su interlocutor ideal con quien indagaba sobre temas de su interés, y viceversa.

DEL INDIVIDUO A LA COMUNIDAD DE INDIVIDUOS

El que piensa escribe, ha dicho Liliana Weinberg, y esta afirmación supone un individuo dado a la cavilación con voluntad de ser compartida. Ese que piensa, aunque individuo, debate lo que piensa con otro, de ahí que en los ensayos haya una voluntad de diálogo con el lector, de conversación desde la ausencia de quien piensa y su representación, como se ha indicado. La escritura de cartas entre individuos como Montaigne y La Boétie despliega la amistad, ciertamente,

²⁹ *Ibid.*, p. 6.

pero una amistad de corte intelectual, político, en la que el propio cavilar se ofrece para ser modelado por el amigo.

En este sentido, la carta como el ensayo se lanzan al mundo en espera de una interlocución (como vimos con Petrarca), que no tiene una institución y está cobijada por un pacto ético que es descrito por el mismo Montaigne: “La amistad se nutre de comunicación, y ésta no puede darse entre ellos [hijos y padres] por la disparidad es demasiado grande y acaso vulneraría los deberes naturales”, “el nombre de hermano es hermoso y está lleno de dilección; por eso lo convertimos, él y yo, en nuestra alianza”.³⁰

La ocupación de pensar para sí, de observar y pulir las ideas en flexión constante, si se concibe en absoluta soledad tiende a semejarse a la locura, al hablar a solas. De manera que escribir cartas es ese ejercicio que salva la distancia no sólo geográfica, sino la más importante, la espiritual, entre individuos. Así lo declara el mismo Montaigne respecto a La Boétie: “Si me instan a decir por qué le quería, siento que no puede expresarse más que respondiendo: porque era él, porque era yo [...]. Nos buscábamos antes de habernos visto [...]”.³¹ De suerte que con la emergencia del individuo caviloso moderno, emerge también su contraparte o constituyente, el amigo-lector-el otro yo. La correspondencia, la conversación y la amistad entre Montaigne y La Boétie, esta voluntad de no pensar en soledad, se ve reflejada en el *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*. No sólo se trata de intuir o afirmar que el texto fue modelado con el tiempo por La Boétie y Montaigne en conversación íntima, sino que fue el mismo Montaigne quien se consagró a su publicación, como si fuera él de alguna manera su autor.

Regresemos un poco a la carta familiar del siglo xv. Como marco de cualquier correspondencia amistosa, se supone

³⁰ “De la amistad” (I, xxviii), pp. 243 y 244.

³¹ *Ibid.*, p. 250.

una conversación inacabada, un *work in progress*, libre, conducido o guiado por dos mentes; leer epistolarios es indagar en vetas que no se desarrollan, en ideas que se desenvuelven, se persiguen, se afinan. El ensayo se ensayaba ahí en privado, esto en el sentido de dos subjetividades que tendían al encuentro, alejándose de la cultura libresca que imponía una retórica de autoridades, de defensa universitaria, de grados y una finalidad de indagatoria de la verdad o la eficiencia del conocimiento. La carta libera a la cavilación de objetivos claros, le permite vagabundear lejos del claustro, de la cátedra, de las páginas de los libros irrefutables. Y es que las cartas no formaban parte de ese mundo riguroso del saber, eran la delicia entre dos y después, con su publicación masiva para alimentar al público de la imprenta, las cartas se convertirán en textos que de “forma simple, natural y ordinaria, sin contención ni artificio” parafraseando de nuevo a Montaigne, conversaban con otros individuos.

De manera que podríamos concluir preliminarmente que en las condiciones de producción textual de la carta: subjetividad, amistad, distancia, paridad, lo privado, se ensayó gran parte de la subjetividad del ensayo, y que se hizo gracias a la constitución de una comunidad mínima de dos.

DE LA ESCUCHA EN LA LECTURA

El que piensa escribe, y el que lee piensa con (no siempre gracias a, como trato de mostrar) la escritura del que escribe. Como asegura Elizabeth Long, el acto de escritura ha sido mitificado como un acto solitario; caben mencionar por extensión las representaciones modernas del escritor, del artista y del científico; lo mismo sucede con el acto de lectura. La etnografía de la lectura nos revela que esta representación subsume u oculta el proceso conversacional o de intercambios que atraviesa a un texto desde su concepción,

su edición y su publicación.³² En este sentido, el ensayista proyecta sobre su cavilación al otro que lo escucha, que le replica, que lo cuestiona, porque en toda carta se configura un *ethos*, una máscara estilística no sólo verosímil sino atinente al tema tratado, máscara del que escribe y otra de quien ha de leer (digamos algo como un protagonista y un antagonista). De manera que, ese ir y venir del pensamiento en el ensayo, ese enunciar, indagar, regresar sobre los pasos, esas digresiones, son impronta de la antigua carta, de la conversación inacabada.

El ensayo es para la epistolografía la carta sin corresponsal preciso, la conversación abierta, que será respondida. En este sentido, la moderna subjetividad, como he intentado apuntar arriba, halla plenitud en compartirse, en hacerse con otro. No me refiero a que sin lector el texto no pone en pie sus sentidos, sino a que en el caso de los textos donde la subjetividad es el centro gravitacional de los sentidos, el lector ha de ser aquel capaz de continuar o enhebrar la conversación.

Los libros, dijo una vez el poeta Jean Paul, son voluminosas cartas a los amigos. Con esta frase llamó él por su nombre de modo refinado y elegante a lo que es la esencia y función del Humanismo: una telecomunicación fundadora de amistad por medio de la escritura. Lo que se llama 'humanitas' desde los días de Cicerón, pertenece en sentido tanto estricto como amplio a las consecuencias de la alfabetización.³³

Sloterdijk inicia así su respuesta crítica a la Carta sobre el Humanismo de Heidegger. Un filósofo alemán en 1999, responde a una cavilación de 1947; retoma una conversación imposible de haberse sostenido, pero que a sus ojos de-

³² Elizabeth Long, "Textual interpretation as a collective action", en Jonathan Boyarin, ed., *The Ethnography of Reading*, Los Angeles, University of California Press, 1993, pp. 180-211.

³³ Peter Sloterdijk, *Normas para el parque humano. Una respuesta a la Carta sobre el humanismo de Heidegger*, Madrid, Siruela, 2006, p. 19.

bía continuarse. En esta correspondencia contemporánea se evidencia la fuerza de la subjetividad contenida en un texto lanzado con dirección a otro, un otro que quizá aún no ha nacido para leer, para escuchar. Esto se advierte también en *Carta al porvenir* de Petrarca. Continuar la conversación por parte de Sloterdijk reconfigura las conversaciones en un espacio público concreto, es decir, Heidegger resuena en el texto de Sloterdijk y las preguntas o indagatorias que se hacía aquél son reincorporadas a una discusión mayor. Algo así sucedió también con las resonancias que podemos leer/escuchar del *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* en el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* de 1754, de Rousseau. No se trata de citar, en el ensayo se instaura una nueva forma de relación con los textos y que se ensayó en la correspondencia; me refiero a que se conversa con los textos en lugar de citárselos. He ahí la libertad interpretativa, crítica y creativa a la vez, que Liliana Weinberg apunta en la síntesis que sobre el ensayo referimos arriba.

Quien al leer ensayos piensa *con esa subjetividad*, de alguna manera se *amiga* con ella, y esta es otra marca de la carta como género retórico social:

Tienen ambos [los amigos] deseo de pensar de verdad. Nada más fácil que dejarse ir, repitiendo las ideas de moda y las frases hechas, creyendo así reflexionar. Es entonces cuando la presencia de un amigo puede llamarnos al orden y hacernos salir de nuestro sonambulismo. La cálida cercanía evita que las relaciones caigan en la agresividad y es un medio privilegiado para escapar de las nociones imprecisas o rutinarias y para empezar a pensar correctamente, lo que es difícil hacer solo.³⁴

Cuando Montaigne reflexiona sobre la amistad, se vale de la que tuvo con La Boétie, indaga no por la amistad universal,

³⁴ Jean-Yves Pouilloux, *Montaigne*, en Ignacio Carrillo Prieto, *Ante la desigualdad social: Rousseau, precursores y epígonos*, México, UNAM, 2012, p. 152.

aunque lo hace desde los lugares comunes, sino en la particular, en la descomunal, una que se da cada trescientos años según elogia desmesuradamente. Es determinante la existencia de una individualidad para que en el ensayo su conciencia se despliegue ante nosotros, la masiva publicación y lectura de cartas garantizó la multiplicación de los lectores, sin ese lector que piensa con el que escribe, lo pensado queda inerte. Continuar la conversación/el pensar, como hace Sloterdijk es co-rresponder, porque como sabemos por otro contemporáneo del pensamiento de Montaigne “ningún hombre es una isla”.

BIBLIOGRAFÍA

- BORGES, JORGE LUIS, “El cuento policial”, en *Obras completas, IV, 1975-1988*, Barcelona, Emecé editores, 1996.
- CALINESCU, MATEI, *Cinco caras de la modernidad. Modernismo, vanguardia, decadencia, kitsch, posmodernismo*, trad. de Francisco Rodríguez Martín, presentación de José Jiménez, Madrid, Tecnos-Alianza editorial, 2003 (Colección Neometrópolis).
- CARRILLO PRIETO, IGNACIO, *Ante la desigualdad social: Rousseau, precursores y epígonos*, México, Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM, 2012 (Serie Estudios Jurídicos, 210).
- CHARTIER, ROGER, “Los secretarios. Modelos y prácticas epistolares”, en *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, versión española de Mauro de Armiño, Madrid, Alianza Editorial, 1994 (Alianza Universidad).
- DARNTON, ROBERT, *Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, trad. de Laura Vidal, Madrid-México, Turner-FCE, 2003 (Colección Noema).
- ERASMO DE ROTTERDAM, *Elogio de la locura. Coloquios*, trad. de Julio Puyol y Alonso de Virués, introd. de Johan Hui-

- zinga, México, Porrúa, 1984 (Colección "Sepan cuantos...", 440).
- GÓMEZ-MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS, *Teoría del ensayo*, México, UNAM, 1992 (Cuadernos de Cuadernos, 2).
- GUILLÉN, CLAUDIO, *Múltiples moradas: ensayo de literatura comparada*, Barcelona, Tusquets, 1998.
- HUIZINGA, JOHAN, "Erasmus de Rotterdam", en Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura. Coloquios*, trad. de Julio Puyol y Alonso de Virués, introd. de Johan Huizinga, México, Porrúa, 1984 (Colección "Sepan cuantos...", 440).
- LONG, ELIZABETH, "Textual interpretation as a collective action", en Jonathan Boyarin, ed., *The Ethnography of Reading*, Los Angeles, University of California Press, 1993, pp. 180-211.
- LÓPEZ EIRE, ANTONIO, *Esencia y objeto de la retórica*, México, UNAM, 1996 (Bitácora de retórica, 4).
- LUKÁCS, GEORG, "Sobre la esencia y la forma del ensayo (Carta a Leo Popper)", en *El alma y las formas y La teoría de la novela*, Manuel Sacristán, trad., Barcelona, Grijalbo, 1975, pp. 15-39.
- MONTAIGNE, MICHEL DE, *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*, pról. de Antoine Compagnon, ed. y trad. de J. Bayod Brau, Barcelona, Acantilado, 2007 (El Acantilado, 153).
- PETRARCA, FRANCESCO, *Letters from Petrarch*, Morris Bishop trad., Bloomington, Indiana University Press, 1966.
- POSTER, CAROL y LINDA C. MITCHELL, eds., *Letter-Writing Manuals and Instruction from Antiquity to the Present. Historical and Bibliographic Studies*, South Carolina, The University of South Carolina Press, 2007 (Studies in Rhetoric/Communication).
- SLOTERDIJK, PETER, *Normas para el parque humano. Una respuesta a la Carta sobre el humanismo de Heidegger*, 4a. ed., trad. de Teresa Rocha Barco, Madrid, Siruela, 2006 (Biblioteca de Ensayo 11, serie menor).

TRUEBA LAWAND, JAMILE, “Aproximación a la retórica epistolar de fines del siglo xv: el *Ars Conficiendi Epistolas* de Jacobo Publicio”, en J. Arribas Rebollo *et al.*, *Temas de retórica hispana renacentista*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, DGAPA-UNAM, 2000, pp. 9-21 (Bitácora de Retórica, 9).

_____, *El arte epistolar en el renacimiento español*, Madrid, Támesis, 1996 (Colección Támesis. Serie A, Monografías; vol. 159).

WEINBERG, LILIANA, *Situación del ensayo*, México, CCYDEL-UNAM, 2006 (Colección Literatura y Ensayo en América Latina y el Caribe, 1).

_____, *Pensar el ensayo*, México, Siglo XXI Editores, 2007.